

Brigit Strawbridge Howard

Danzando con las abejas

Un viaje de regreso a la naturaleza



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad

DANZANDO CON LAS ABEJAS

Brigit Strawbridge Howard

1.ª edición: marzo de 2021

Título original: *Dancing with Bees*

Traducción: *Verónica d'Ornellas*

Corrección: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Isabel Estrada*

© 2019, Brigit Strawbridge Howard

Publicado por acuerdo con Chelsea Green Publishing, White River Jct., VT, USA

www.chelseagreen.com

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

www.uklitag.com

(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-684-4

Depósito Legal: B-3.669-2021

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prefacio. Descubrimientos	9
Introducción. La trampa de la miel	19
1. El vuelo de la primavera	41
2. Un nido propio	63
3. ¿Qué hay en un nombre?	83
4. Los chicos han vuelto al pueblo	101
5. Cuando las abejas se portan mal	113
6. El pájaro que estaba al revés.	125
7. La cabaña junto al arroyo	139
8. Cuco, cuco	155
9. Sobre enjambres y picaduras	167
10. ¿Es una abeja o no lo es?	181
11. Buscando al gran abejorro amarillo, primera parte.	189
12. Buscando al gran abejorro amarillo, segunda parte	203
13. Acerca de Bovey Heathfield	223
14. Elogio de los árboles	235
15. Sedgehill, una historia natural	251
16. Tejedoras de algodón	265
17. La hora del té	281
18. Hojas perennes	297
19. Entre campanillas de invierno	315

Epílogo. Reflexiones	327
Agradecimientos	347
Lista de ilustraciones	351
Bibliografía	353
Índice analítico	359



CAPÍTULO 1

El vuelo de la primavera

La primavera ha hecho su aparición, y en el mundo hay una abundancia de espectáculos, sonidos y acontecimientos que anuncian su llegada. Los bulbos están estallando, transformándose en flores, los capullos de espino se están convirtiendo tímidamente en hojas y los renacuajos ya han salido de sus huevos en la cuba disfrazada de estanque que hay en nuestra parcela. Todavía no he oído a los gorriones, pero nuestro mirlo residente está cantando a todo pulmón desde su ubicación favorita en el nogal.

Siento la deliciosa calidez del sol en mi espalda mientras realizo mis quehaceres en el invernadero. Quito algunas capas y empiezo a rebuscar entre los paquetes de semillas que llegaron por correo a inicios de la semana. Hay agastaches, salvias y verónicas, además de cosmos variados y mignonettes silvestres. Creo que empezaré sembrando las mignonette silvestres en tapones. También hay paquetes más antiguos de semillas de aciano y de girasol que no llegamos a sembrar el otoño

pasado. Deberían ser viables todavía, de modo que las sembraré y veré qué ocurre.

Rob y yo tenemos una parcela de un buen tamaño, pero ya está rebosando. Ahora es probablemente el mejor momento para recuperar el área entre el montón de abono y el cerco, para prepararla para plantar cualquier semilla con la que empiece a trabajar en el invernadero hoy —a menos que Rob ya la haya asignado a los vegetales. También podría sembrar estos paquetes de semillas y si nos quedamos sin espacio, siempre podemos vender en el puesto de plantas que tenemos en el exterior de nuestra casa.

Pero antes de continuar debo crear un poco de espacio para mí. Rob me lleva mucha ventaja, así que abrírmelo camino por encima de sus pilas y abrevaderos llenos de espinacas y ensaladas de invierno. Nuestro invernadero es pequeño y le cuesta incorporar todo lo que le pedimos.

Mientras estoy moviendo las cosas y pensando, Rob está fuera realizando nuestras primeras y segundas plantaciones de especies tempranas. Hoy es 17 de marzo, día de San Patricio, y se considera de buena suerte plantar tus patatas hoy. Este año estamos probando nuevas variedades —Lady Christl y Apache— junto con algunas de nuestras variedades favoritas, como Belle de Fontenay y Duque of York roja. Nunca sembramos las patatas más comunes, porque podemos comprarlas junto con otros tubérculos en el puesto de Liz en el mercado de los jueves. Pero nos encanta cultivar especies tempranas y variedades de ensaladas, plantando cinco de cada una en pilas de llantas viejas esparcidas por nuestra parcela en el terreno.

Nuestra parcela es una de las que están ubicadas en la parte más alta del terreno y en la parte trasera hay una hilera de cabañas adosadas, la mayor parte de ellas con techos de paja, cuyos jardines descienden hasta encontrarse con los setos que delimitan el terreno. Cada jardín tiene una verja que conduce al terreno. ¡Qué afortunados! Hemos podido conocer a todas las personas que viven en las cabañas. En esta parte de nuestro pueblo hay un fuerte sentido de comunidad.

Nuestra parcela tiene las cabañas detrás y vista al valle de Blackmore, descendiendo hacia Melbury Beacon. Esta mañana hay una niebla espesa en el valle, así que no puedo ver más allá de la granja que está debajo de French Mill Lane, pero la vista es espectacular. Siempre hay tanta paz aquí. Me gusta especialmente en esta época del año y me siento afortunada porque hemos podido alquilarle esta parcela a nuestro ayuntamiento. Ojalá todo aquel que lo quisiera pudiera tener acceso a un terreno en el que pudiera cultivar y cosechar alimentos, o simplemente sentarse y existir. Durante un tiempo, en Shaftesbury, Rob y yo vivimos en el departamento de mi madre, el cual no tenía jardín. Durante esos años, la salud de mi madre se empezó a deteriorar y me costó muchísimo aceptar el hecho de que quizás en poco tiempo ya no estaría con nosotros. Poder venir a nuestra parcela a trabajar, sentarnos o escondernos ha sido una bendición.

Todavía estoy absorta en mis pensamientos cuando veo a Rob agitando las manos en el aire para atraer mi atención. Está señalando algo en el suelo. Asomo la cabeza desde el invernadero. «¡Abejorro!», exclama, y en mis prisas para llegar ahí antes de que se vaya volando, me tropiezo con las espinacas de Rob.

Nada me entusiasma más que divisar el primer abejorro de la primavera cuando acaba de salir de su largo sueño de invierno y se está preparando para establecer su propia colonia. Aunque recientemente una o dos especies han empezado a criar a su progenie durante los meses de invierno, la mayoría de las veinticuatro especies de abejorros que podemos encontrar en Gran Bretaña e Irlanda han estado hibernando en las profundidades del suelo desde el último otoño. Extraño muchísimo su compañía cuando están dormidas. Es tan maravilloso volver a verlas y oírlas.

Entre los abejorros, sólo las reinas fertilizadas sobreviven al invierno. Aparte de la ocasional colonia activa durante el invierno, todos los machos y las hembras obreras del año pasado, junto con las reinas fundadoras de colonias, habrán desaparecido mucho antes mucho antes de que empiece a hacer frío. De manera que, si ves a un abejorro enorme volando a principios, a mediados, o a finales de la primavera,

es muy probable que sea una reina producida hacia el final del ciclo de anidación del año anterior.

Tras haber abandonado su nido natal en otoño y haberse apareado con un macho de la misma especie, la reina de los abejorros pasa las siguientes semanas de su vida abasteciéndose de néctar para ayudar a acumular grasa para la hibernación. Luego cava un túnel en la tierra, a menudo debajo de las raíces de un árbol, o en una orilla mirando al norte, donde se establece para su prolongado letargo invernal. Una reina hibernante puede pasar entre seis y nueve meses bajo tierra y puede sobrevivir a temperaturas sorprendentemente bajas. Las heladas fuertes y las intensas nevadas no suponen una amenaza para ella. Si la temperatura desciende por debajo de cierto punto, su cuerpo produce glicerol, una especie de anticongelante, el cual impide que se congele.

Los primeros abejorros en salir de la hibernación en Gran Bretaña e Irlanda suelen ser los abejorros comunes (*Bombus terrestris*), seguidos de los abejorros tempranos (*B. pratorum*), luego los abejorros de árbol (*B. hypnorum*) y los abejorros de cola blanca (*B. lucorum*). Los demás van emergiendo, por especies, cuando sus fuentes preferidas de alimento empiezan a florecer; algunos, como los Grandes Abejorros Amarillos (*B. distinguendus*) emergen en mayo o junio, tras haber pasado la mayor parte de sus vidas bajo tierra.

El abejorro que Rob ha visto en nuestra parcela es una hermosa reina terrera. Está tomando el sol en las hojas de una consuelda enana que crece contra un lado de nuestro recipiente de compost, y es *enorme*. Siempre olvido lo enorme que puede llegar a ser una reina de abejorros, hasta que vuelvo a ver una en primavera.

Algunas especies son naturalmente más grandes, pero también hay otros factores en juego, como qué tan bueno fue el verano del año anterior, o cuán bien han cuidado las obreras de la colonia a la reina durante su estado larvario. Sospecho que a esta abeja en particular la atendieron sumamente bien.

Si ha salido del estado de hibernación recientemente, nuestra reina de abejorros, como mínimo, estará hambrienta. Miro a mi alrededor

para ver qué es lo que está en flor en nuestra parcela. Tenemos una gran zona de pulmonarias, pero desgraciadamente no le sirve a nuestra reina hambrienta. Las lenguas de los abejorros comunes son demasiado cortas para llegar hasta el néctar que se encuentra en lo más profundo de esta flor en particular. ¿Qué más? Los últimos eléboros están en flor y hay una mahonia en que todavía está floreciendo en una de las cubas. Ambas son buenas fuentes de polen y néctar para los abejorros comunes, pero soy muy consciente de que no hay muchas más plantas de principios de primavera aquí y ciertamente no hay suficientes plantas en flor para cubrir completamente las necesidades de nuestra reina. Rob y yo realmente necesitamos corregir esto antes de la próxima primavera.

Mirando hacia arriba, hacia los jardines de las cabañas, puedo ver eléboros creciendo en el jardín más cercano a nosotros. También hay jacintos de uva y narcisos, pero sólo en áreas pequeñas. Lo mejor para nuestra reina sería volar hacia el pueblo, donde encontraría vastas extensiones de celidonias amarillas floreciendo en las laderas del parque de St. James; o mejor aún, en la zona semisilvestre que se encuentra justo debajo de Park Walk hay sauces cabrunos.

Los amentos del sauce son como imanes para los abejorros, las abejas melíferas y otros polinizadores tempranos, ya que ofrecen copiosas cantidades de polen rico en proteínas y néctar rico en carbohidratos en una época en la que hay pocas plantas en flor. Las abejas y otros insectos son esenciales para la polinización de los sauces. Sólo después de que las abejas han polinizado las flores de los sauces pueden las semillas, como otras semillas del amento, ser arrastradas por el viento y dispersadas. (Lo interesante es que todos los demás árboles productores de amento en Gran Bretaña e Irlanda, incluidos el avellano, el álamo, el aliso y el abedul de plata son polinizados por el viento, y no por los insectos).

Como si estuviera leyéndome la mente, nuestra hermosa reina empieza a alzar vuelo torpemente. Después de volar en círculos y bucles por encima de nuestro terreno, se aleja en dirección al parque de St. James. Espero que esos círculos y bucles hayan sido señal de que estaba

orientándose, y que esté planeando regresar más tarde. Me encantaría que estableciera su hogar en nuestro terreno, aunque la verdad es que creo que le iría mejor si escoge un lugar más cercano a los sauces.

Con la esperanza de que algún día una de esas bellezas en busca de un hogar establezca un nido en nuestro jardín, Rob y yo hemos creado un reino –o mejor dicho, un reino liliputiense– adecuado para una reina. Hemos estado bastante limitados en nuestros esfuerzos, porque la propiedad es alquilada y sólo tiene una pequeña zona de patio, pero nuestro arrendador nos ha dado permiso para quitarnos algunas baldosas y las sustituimos con plantas de floración, pequeños arbustos y un estanque.

Es asombroso lo que se puede hacer con un espacio pequeño, unas cuantas semillas y esquejes, y un poco de pensamiento creativo. No se tarda mucho en crear un jardín silvestre empezando de cero, y ciertamente no es necesario pedir un crédito para hacerlo. Si hay áreas silvestres o abandonadas preexistentes en tu parcela, no importa lo pequeñas o aparentemente insignificantes que sean, mucho mejor. Áreas como estas, incluso si no están establecidas desde hace tiempo, proporcionan un hábitat capaz de sustentar a numerosos invertebrados, aves de jardín y otra vida silvestre. Lo único que tenemos que hacer es cuidarlos.

Tenemos un área así en el rincón en el extremo izquierdo del jardín de nuestro patio, donde un antiguo retrete victoriano ha sobrevivido. Sus paredes de ladrillo rojo están cubiertas de una hiedra que, cuando florece en otoño, proporciona abundante néctar y polen para los numerosos insectos polinizadores, así como una increíble zona de nidificación para aves de jardín como el chochín común. El retrete todavía conserva su puerta original, la cual ya no cierra, pero a pesar de que el techo de tejas necesita una reparación, el interior es suficientemente seco, lo cual nos permite almacenar madera para quemarla en nuestra estufa durante el invierno. Además de la provisión de madera en buenas condiciones que heredamos del inquilino anterior, el retrete alberga a una gran variedad de arañas y otros insectos que aprecian enormemente el refugio que les proporciona. Los petirrojos anidan ahí, y sospecho que las ratas también.

Junto al retrete crece un nogal. Yo lo llamo el árbol del mirlo. La idea de un nogal en un pequeño jardín en un patio debe evocar imágenes de un grandioso árbol viejo con una copa tan grandiosa que, en los meses de verano, sólo una luz moteada puede llegar al patio. Pero eso no es lo que ocurre con el árbol del mirlo. Es largo y alto, y a duras penas logra mantenerse en pie entre un sauco torcido (podado a una pulgada de su vida) y un espino sumamente robusto. Los tres compiten por la poca luz que pueden recibir en un área dominada por los sicómoros maduros de nuestro vecino y, en el otro lado, por el acebo de Sue.

Sue es una de nuestras vecinas y para llegar a nuestro patio tenemos que pasar por su pequeña parcela. Muy pocos de los jardines pertenecientes a las cabañas adosadas en las que vivimos están junto a sus respectivas cabañas. Junto con una hilera de retretes victorianos, los jardines están todos en la parte trasera, distribuidos sin orden ni concierto a ambos lados de un estrecho sendero, ocultos para los transeúntes. Son unos jardines secretos, donde el tiempo se detiene.

La parcela de Sue, mi favorita, alberga un ruinoso cobertizo de hojalata que Rob anhela tener más que cualquier otro. Hace tiempo que perdió su puerta, si es que alguna vez tuvo una, y actualmente ofrece un refugio abierto y acogedor a todo tipo de seres vivos, grandes y pequeños, superando a los retretes. En el punto álgido del verano, el cobertizo está prácticamente cubierto de madreSelva, hiedra y clemátide silvestre, las cuales se extienden por el techo y trepan por el acebo que lo sostiene. De hecho, el acebo de Sue es probablemente lo único que mantiene el cobertizo en pie. El lado del cobertizo que todavía está visible está flanqueado por dedaleras, onagras y circeas. He visto polillas plateadas buscando néctar en las onagras, y los abejorros encuentran irresistibles a las dedaleras. Junto a la entrada al cobertizo están los restos de un viejo tronco, parcialmente ahuecado y casi todo podrido, un microclima perfecto para su jungla de musgos y hepáticas. También crecen helechos y hongos en el estrecho callejón que hay entre el cobertizo y la cerca de nuestro jardín en el patio.

Sue utiliza el cobertizo principalmente para guardar troncos y ocasionalmente planta judías verdes y calabacines en el costado que da al

sur, pero generalmente lo deja que haga lo suyo. Este es el tipo de cobertizo salvaje que inspira sueños y pinturas. Y poemas también. Afortunadamente Sue no tienen ninguna intención de domesticarlo.

Ojalá más personas fueran como Sue. Ojalá no estuviéramos infestados con un aparentemente insaciable e irracional deseo de controlar, arreglar, organizar y ordenar todo lo que nos rodea. Pero sé que el cobertizo de Sue es sólo un cobertizo, una pequeña estructura de hojalata ubicada en un suelo ligeramente cubierto de maleza en las afueras de un pueblo en el sudoeste de Inglaterra. El hecho de que lo deje «ser» no va a salvar a una especie en peligro de extinción, ni tampoco va a impedir que el mundo se sobrecaliente.

Pero para mí el cobertizo de Sue y la pequeña parcela en la que se encuentra son una celebración de unos seres humanos que vivimos en armonía con la naturaleza, permitiendo que nuestros corazones conecten con la vida silvestre, de nuestro atrevimiento de dejar algo *en paz*. Los lugares a los que se les «deja en paz», ya sean viejos cobertizos de hojalata, pilas de troncos, setos, campos o paisajes enteros, son lugares seguros para la vida silvestre. Dondequiera que la intervención y el control sean mínimos o inexistentes; donde la naturaleza tenga la libertad de hacer lo que ella quiere, en lugar de lo que nosotros pensamos que debería hacer; cuando detenemos el reloj, nos colocamos en un segundo plano y nos convertimos en observadores en lugar de amos; ahí es donde empiezan a ocurrir cosas mágicas e inesperadas.



Mi mayor deseo es que, algún día, Rob y yo seamos custodios de un pequeño terreno con unos pocos árboles, setos, un prado y agua viva. Sería lo suficientemente grande como para que pudiéramos construir una casa de bajo impacto para poder vivir en ella, y cultivar alimentos para comer y plantas de floración para vender, pero dejaríamos que una gran parte fuera silvestre. Ese es nuestro sueño. Mientras tanto, simplemente soy feliz de tener árboles en nuestro jardín y en el adya-

cente. Sin ellos no tendríamos dónde colgar nuestros comederos para pájaros y nuestros nidos para abejas, y no habría un refugio para las aves visitantes o residentes. No puedo imaginar observar a los insectos sin que esté también el canto de los pájaros. Los dos van juntos: los pájaros y las abejas.

Cuando nos mudamos a la cabaña, fue inmediatamente evidente para nosotros que la zona de la esquina de nuestro patio, debajo del nogal del mirlo y otros árboles, había sido una especie de vertedero. Había montones de baldosas y macetas terracota rotas y tramos de zarza espinosa que el inquilino anterior había cortado antes de irse. Bolsas negras llenas de lo que yo esperaba que pudiera ser moho de hojas podridas resultó ser arena húmeda que había quedado de cuando pusieron nuevos adoquines poco tiempo atrás. Había un viejo cubo de hojalata lleno de lodo hasta el tope. Dejamos la mayor parte de la terracota rota y algunas zarzas, ya que ambas cosas ya estaban proporcionando un buen hábitat para varios insectos, pero limpiamos el resto.

Esto reveló los restos de un pequeño muro de no más de cuarenta centímetros de altura, aproximadamente, hecho de diorita de Shaftesbury. Había más trozos de diorita y un montón de ladrillos rotos esparcidos por ahí, de modo que extendimos el murito a lo largo del borde izquierdo del patio, hacia el rincón donde planeábamos cavar nuestro estanque, reduciendo la altura de la pared gradualmente hasta que tuvo la altura de sólo un ladrillo.

Acabamos teniendo justo el espacio suficiente entre este borde y el seto que marca el límite entre nuestro jardín y el de al lado para poner algunas plantas de sombra para los polinizadores. Escogimos pulmonarias, geranios, consuelda enana y eléboros, dejando que cada una de ellas se derrame sobre el pequeño muro cayendo sobre los adoquines, y luego añadimos dedaleras y colombinas, para dar altura, en la parte posterior. Rob cavó y forró un hoyo para el estanque, y cuando se hubo llenado de agua de lluvia, aparejamos el área detrás de él. Este rincón del jardín es ligeramente menos sombreado, así que lo llenamos de bergamota silvestre, lisimaquia amarilla, nepeta y más dedaleras. Colocamos una maceta de maravilla del pantano en medio del estan-

que y, para suavizar el borde donde se encuentra con el patio, pusimos montones de bugle. Si yo fuera un abejorro, haría mi nido aquí.

Después de su prolongado sueño invernal, una reina de abejorro que acaba de emerger, igual que la encontrada por Rob en nuestra parcela esta mañana, necesita buscar néctar para acumular fuerzas y para que el polen desarrolle sus ovarios. Es de esperar que, si es de una especie que emerge a principios de primavera, como nuestro abejorro común, habrá escogido un lugar de hibernación cerca de una zona donde hay un suministro abundante de brezos, tojos, azafranes o salces blancos que florezcan en invierno; u otros de sus favoritos de principios de primavera como campanillas, ortigas blancas y alheñas verdes.

Sin embargo, si el sol la engaña haciendo que emerja demasiado pronto, y si no encuentra nada con qué alimentarse, morirá de hambre. Hace un tiempo, cultivar plantas ricas en néctar y polen que florecían de marzo a octubre solía ser suficiente para alimentar a nuestras abejas, pero ya no es así. Ahora que los cambios en el clima provocan confusión acerca del momento correcto de emerger para plantas e insectos por igual, es más importante que nunca plantar flores, arbustos y árboles que florezcan en sucesión, a lo largo del año, incluyendo el invierno, en nuestros jardines, parques y otros espacios abiertos.

Una vez que la reina de abejorro se ha reabastecido de néctar y polen, su comportamiento cambia. Empieza a volar en zigzag, apenas por encima del suelo, mostrando un interés especial en los lugares donde hay montones de hojas muertas y madera podrida, mientras prospecta para encontrar un lugar adecuado para construir su nido. La elección preferida de un abejorro para anidar sería un nido vacío de ratones o topillos, pero con desaparición de los setos y los bordes de bosques, son cada vez más difíciles de encontrar.

Otras preferencias (dependiendo de la especie) incluyen las matas de hierba, los montones de compost, las grietas debajo de los muros de piedra, las casitas nido para pájaros, o los aleros de las casas. Aquellos que son lo suficientemente afortunados para encontrar un nido adecuado deben estar preparados para defenderlo de otros abejorros, ya que la competencia por encontrar lugares de anidación es grande. No

estoy segura, pero me imagino que uno de los factores que contribuyen al éxito de los abejorros comunes y otras abejas de emergencia temprana (mientras que muchas otras especies están menguando) es que se adelantan algunas semanas a otras abejas en la carrera de búsqueda de nidos, estableciendo sus colonias mucho antes de que las especies que emergen tarde puedan echar un vistazo.

No obstante, la principal razón por la cual los abejorros comunes y otras especies de emergencia temprana han tenido tanto éxito es que no son quisquillosas cuando se trata de preferencias de pecoreo y hábitat. Hay otras siete especies de abejorros que son igual de flexibles: el abejorro temprano, el abejorro de cola blanca, el abejorro de árbol, el abejorro de cola roja (*B. lapidarius*), abejorro de los cardos (*B. pascuorum*), abejorro Heath (*B. jonellus*) y abejorro de jardín (*B. hortorum*). Dado que estos «ocho grandes» no tienen que depender solamente de unos pocos tipos de plantas de floración o hábitats de nicho para su supervivencia, les va muy bien en paisajes urbanos como parques y jardines.

Tras haber encontrado su suministro de flores ricas en polen y néctar, y haberse topado con un nido vacío de roedor o alguna otra morada adecuada, nuestra nueva reina está lista para establecer su propia colonia. Dependiendo de la especie de abejorro a la que pertenezca, podría llegar a esta importante etapa entre marzo y julio, aunque una primavera temprana puede confundir a algunos abejorros y hacer que empiecen antes.

Antes de empezar a poner sus huevos, la reina necesita retirar cualquier desecho no deseado del interior del hogar elegido e impermeabilizar su entorno de la mejor manera posible. Una vez completada esta tarea, su comportamiento vuelve a cambiar significativamente. En lugar de zigzaguear y serpentear cerca del suelo, empieza a volar de un lado a otro, desde y hasta su nido, con gran un gran propósito: recolectar polen y néctar. En sus viajes de regreso, las canastas de polen, o *corbiculae*, en sus patas traseras están absolutamente repletas de polen, y tienen la apariencia de alforjas. Además del néctar que transporta en su buche melario, un abejorro puede cargar hasta un 50 por ciento de su peso en polen.

Cuando espías a una reina de abejorro llevando grandes cargamentos de polen, puedes estar seguro de que ha establecido un nido, o está proceso de establecerlo. Dentro del nido, secreta de las glándulas de su abdomen una cera de color blanco grisáceo y la utiliza para crear un pequeño recipiente del tamaño de la uña de un niño y con una forma parecida al frasco de miel de Winnie-the-Pooh. Luego lo llena con el néctar que ha recogido.

En el caso de que tenga que permanecer dentro del nido durante largos períodos de tiempo debido a un clima inclemente, la reina utilizará el néctar de este recipiente de miel para alimentarse y mantener sus niveles de energía altos.

Una vez que las tareas de mantenimiento del hogar y de preparación han sido completadas, la reina está lista para poner su primer lote de huevos. Mezcla parte del polen y el néctar que ha recolectado con saliva, amasando la mezcla hasta formar un pequeño bulto en cuyo interior pone entre ocho y dieciséis huevos. A partir de entonces hasta el día en que su primera camada de obreras emerja y esté lista para volar, el tiempo de la reina de abejorro estará dividida entre «incubar» y salir a pecorear.

Los abejorros «incuban» de una manera similar a como lo hacen las aves. Para que los huevos de abejorro eclosionen bien, la reina debe sentarse sobre ellos y mantener la temperatura a alrededor de 30 grados centígrados. Esto lo hace desconectando los músculos de vuelo dentro de su tórax y haciendo temblar sus músculos hasta que su cuerpo alcanza la temperatura requerida. (Así es también como los abejorros son capaces de calentarse en un clima muy frío, lo cual les permite volar cuando otras especies de abejas no pueden hacerlo, pero sólo pueden hacer esto si han consumido suficiente néctar para tener la energía necesaria para hacer vibrar sus músculos de vuelo). A diferencia de la mayoría de las aves que empollan, la reina de abejorros, cuando establece su nido, es una madre soltera. No tiene ningún apoyo, pero debe salir ocasionalmente para pecorear. Sus excursiones de pecoreo son breves y rápidas, para asegurarse de que la temperatura de sus huevos no baje demasiado en su ausencia.

Una vez que ha puesto los huevos, la reina se coloca mirando hacia la entrada de su nido, lista para ahuyentar a cualquier intruso no bienvenido. Su pequeño recipiente de néctar estará posicionado lo suficientemente cerca como para que ella pueda introducir su lengua en él fácilmente y beber el néctar. Esto hará que su energía se mantenga elevada mientras está incubando.

Aproximadamente cuatro días después de que la reina haya puesto los huevos, estos eclosionan. Durante las dos semanas siguientes las larvas en desarrollo se alimentan del polen que ella ha conseguido para ellos. Mientras se alimentan, las larvas pasan por varias etapas de crecimiento, antes de hilar capullos de seda individuales a su alrededor, dentro de los cuales van a pupar. Durante la pupación tiene lugar una especie de alquimia celular —de una manera similar a cuando las orugas se convierten en mariposas— y dos semanas más tarde las abejas emergen de sus capullos convertidas en unos adultos totalmente desarrollados.

Las primeras crías que nacen en un nido de abejorros son siempre abejas obreras. Las obreras normalmente son mucho más pequeñas que su reina y asumen los roles de enfermeras, limpiadoras, guardianas y recolectoras. Cuando su colonia ya está adecuadamente establecida, la abeja reina rara vez vuelve a salir del nido. Ahora tiene obreras para recolectar polen y néctar para alimentar a las siguientes camadas, y su papel ahora es exclusivamente poner más lotes de huevos.

El tiempo pasa y mientras la primavera se convierte en verano el nido continúa expandiéndose y creciendo. La reina sigue poniendo huevos mientras las obreras, dependiendo de su tamaño, asumen diferentes roles dentro de la colonia. Las más grandes, al ser capaces de traer al nido más polen y néctar que sus hermanas pequeñas, suelen asumir el rol de recolectoras, mientras que las más pequeñas se quedan en casa limpiando el nido, atendiendo a la reina y alimentando a las larvas. En el punto álgido del verano, si las condiciones son las adecuadas y ha habido un suministro abundante de polen y néctar, el número de abejas obreras en una colonia de abejorros comunes puede ser mayor a cuatrocientos ejemplares. En otras especies, como por ejem-

plo los abejorros tempranos y de jardín, el nido mantendrá a un número significativamente menor de obreras, no más de cien.

Si el nido prospera y la reina se mantiene sana, estará lista para el siguiente y más importante paso en el ciclo de vida del nido: la producción de machos y nuevas reinas. Hasta este momento, la reina sólo ha puesto huevos fertilizados, soltando una cantidad diminuta de espermatozoides, almacenado en su cuerpo desde que se apareó el otoño pasado, cada vez que pone un huevo. Estos huevos fertilizados contienen sus cromosomas y los del macho con el que se apareó, y se convierten en abejas hembras.

Cuando el momento es el adecuado, la reina deja de poner huevos fertilizados y empieza a poner huevos no fertilizados —es decir, huevos que contienen únicamente sus cromosomas— y estos huevos no fertilizados se desarrollan y se convierten en abejorros machos. Y cuando empieza a poner huevos machos, la reina deja de emitir una feromona que ha estado produciendo que ha ordenado a sus obreras a criar huevos como abejas obreras. Dejar de emitir esta feromona, y poner huevos machos no fertilizados, es el principio del fin del ciclo de vida de la colonia. Sus últimos huevos fertilizados se desarrollarán y se convertirán en nuevas reinas.

Después de emerger de sus capullos y cuando están listos para volar, los abejorros machos abandonan el nido y no regresan nunca más. Las nuevas hijas reinas llegan poco después. Lo interesante es que después de haber dejado de emitir la feromona que indica a las obreras que deben criar a los huevos como abejas obreras, la reina pierde su dominio sobre las trabajadoras y algunas de ellas empiezan a poner sus propios huevos no fertilizados. La vieja reina, cansada y débil, pierde el control de la colonia y se desata el caos.

Tanto si las obreras empiezan a poner sus propios huevos como si no lo hacen, una vez que los machos y las hijas reinas se han marchado, a la colonia no le queda mucho tiempo. En las siguientes semanas, sus habitantes van muriendo y los detritívoros de la naturaleza (lombrices, escarabajos de estiércol, milpiés y otros por el estilo) entran en el nido abandonado y lo limpian. Las nuevas reinas se aparean y entran en hi-

bernación, y los machos mueren antes de que llegue el invierno. Todo el futuro de la especie depende ahora de que las reinas recién apareadas sobrevivan a la hibernación y logren establecer sus propios nidos en la primavera siguiente.

El promedio de duración de la vida de un nido son aproximadamente dieciocho semanas, pero los abejorros tempranos tardan entre doce y catorce semanas en terminar el suyo, lo cual significa que pueden establecer dos, y a veces tres, colonias en un año. Entre esta especie, las nuevas reinas, si emergen a principios del otoño, comienzan a establecer nuevos nidos inmediatamente, en lugar de entrar en hibernación. Los abejorros de campo, en contraste, son muy lentos estableciendo sus nidos, y sus colonias continúan estando activas hasta bien entrado el otoño, cuando la mayoría de otros abejorros ha finalizado por completo su ciclo de vida. Si ves un abejorro recolectando polen en septiembre, probablemente será un abejorro de los cardos.

Por casualidad, esta primavera un abejorro común ha elegido el recientemente creado reino natural en nuestro jardín para establecer su colonia. Descubro el nido el 20 de abril en el pequeño muro de diorita de Shaftesbury en el extremo más alejado de nuestro jardín en el patio. ¿Cómo no lo vi antes? Debo haber pasado delante de la entrada del nido al menos una docena de veces para buscar troncos y para tender la ropa. No importa, los he encontrado ahora y me hace una gran ilusión observar sus idas y venidas durante los próximos meses. El hecho de que una reina de abejorros haya elegido *nuestro* muro de diorita en lugar de cualquier otro muro de diorita del pueblo (y te puedo decir que Shaftesbury está *lleno* de esos muros) me llena de alegría. Es el tipo de alegría que uno experimenta cuando un par de herrerillos anidan en una de tus cajas nido, o cuando encuentras renacuajos en un estanque que creaste recientemente.

Llamo a Rob, que este año ya ha encontrado dos indos en el jardín de Diana, para contarle la noticia y luego celebro con mi primer té de ortiga del año. Nada sabe más fresco o más verde que un té hecho con hojas frescas recogidas mientras el agua todavía está hirviendo. Las bolsitas de té están bien, pero simplemente no se comparan con el té

que una misma ha preparado con hojas o flores que ha recogido. Antes la ortiga solía picarme cuando recogía las hojas, pero ahora me ocurre cada vez con menos frecuencia porque he aprendido a ser valiente y «agarrar la ortiga» con firmeza entre mi dedo índice y mi pulgar antes de arrancarla de la planta. Preparo el té en mi taza favorita —alta, delgada, perfecta para mantener la bebida caliente cuando me distraigo y me olvido de beberla— y la llevo de vuelta al jardín con la última porción del maravillosamente fragante (y absolutamente delicioso) bizcocho de polenta y limón que me preparó Rob para mi cumpleaños. Limpio el polvo y las telarañas de la silla de jardín que cuelga de un clavo en el viejo retrete y me instalo frente a la entrada del nido, lo suficientemente cerca como para observar a las abejas ir y venir, pero lo suficientemente lejos como para no alterar la trayectoria de vuelo de las obreras.

Casi tan pronto como me siento, un abejorro sale volando de una grieta entre dos piedras. No hace una pausa para orientarse, así que ya debe haber ido y venido varias veces, y ya sabe exactamente dónde está el nido. Si la tarea de pecorear hubiera sido algo nuevo para él, hubiera volado gradualmente hacia arriba, en círculos y ochos cada vez más grandes, asimilando los puntos de referencia cercanos y lejanos para que la ayuden a encontrar su camino hacia su hogar. Los abejorros tienden a pecorear dentro de los cinco kilómetros de distancia de sus nidos, aunque se han registrado distancias tan grandes como veinte kilómetros. No deja de sorprenderme que los abejorros sean capaces de volar esas distancias y, sin embargo, logren encontrar su camino de regreso a casa.

Esta abeja en particular es sumamente pequeña, incluso para una obrera. Su diminuto tamaño me dice que probablemente es de la primera camada de obreras de la colonia y que el polen que la reina suministró para esta primera camada debe haber sido de poca calidad o cantidad, o ambas cosas. El polen recolectado por las abejas proporciona la proteína necesaria para que las larvas se desarrollen y crezcan. Sin una buena fuente de proteína, es probable que las abejas, igual que cualquier otro animal, incluidos los humanos, estén atrofiadas en ta-

maño en comparación con aquellas que se han alimentado con mucha buena proteína. Las crías más tardías en el ciclo de vida del nido, que son proporcionadas por múltiples obreras y no sólo por la reina, tienden a ser más grandes –siempre y cuando, por supuesto, cuenten con buenas fuentes de polen y néctar.

Durante el siguiente mes, aproximadamente, observo la actividad de nuestro nido de abejorro, pero las primeras semanas de junio resultan ser muy atareadas, y no me he puesto al día recientemente. La colonia debería estar bien establecida a más tardar a mediados de junio, pero Rob me dice que cree que está menos atareada de lo que estaba a finales de abril y que hace aproximadamente una semana que no ve abejas saliendo o entrando. Esto me parece extraño. Ha hecho buen tiempo y ciertamente hay suficiente alimento apropiado en las inmediaciones.

Estoy trabajando con una fecha límite, pero no consigo concentrarme después de haber oído lo que Rob me ha dicho sobre el nido, así que salgo un momento para verificarlo. Puedo ver desde el camino que lleva hacia el jardín que ha ocurrido algo, y me horrorizo cuando me acerco y descubro que la entrada está completamente bloqueada por una especie de telaraña chiclosa. Me siento aún más consternada cuando veo una serie larvas con aspecto de gusanos moviéndose dentro de esa sustancia chiclosa. Con una ramita retiro de la entrada del nido las larvas y la sustancia en la que están contenidas y las examino. Aunque nunca he visto algo así, estoy bastante segura de que son larvas de polillas de la cera. Sé que pueden suponer una amenaza para las colmenas de abejas melíferas, pero no estoy segura si también molestan a los nidos de abejorros. Espero un rato para ver si hay alguna actividad de abejas en el nido. Nada. Pongo mi oreja en el suelo para escuchar, con la esperanza de oír un zumbido, pero la tierra debajo de la pared de piedra está en silencio. Me temo lo peor.

Unos días más tarde, mis temores se confirman. No hay ninguna abeja. El nido no ha prosperado. Estoy abatida –y absolutamente furiosa con la polilla de la cera por haber puesto sus huevos dentro de mi nido de abejorro. Pero, ¿quién soy yo para decidir que una especie

prosperare sobre otra? La polilla de la cera simplemente estaba haciendo lo que ellas hacen: proporcionando el mejor inicio en la vida para su descendencia.

Me pregunto si quizás, si sus crías no hubiesen tenido el aspecto de gusanos gigantes, yo hubiese sido más amable con ellas. Se me ha despertado la curiosidad y veo qué más puedo averiguar sobre ellos y descubro que en Gran Bretaña e Irlanda tenemos dos especies de polillas de la cera, además de una polilla de abeja. Desafortunadamente para los abejorros, la polilla de abeja (*Aphomia sociella*) pone sus huevos en los nidos de abejorros, introduciéndose normalmente después del anochecer para evitar ser detectada por la reina. Una vez que los huevos han eclosionado, las larvas se alimentan de las secreciones de cera que la reina ha utilizado para construir su nido. Y lo que es peor aún, las lavas de la polilla también se alimentarán de larvas de abeja.

No estoy segura de si la polilla que puso los huevos en la entrada de nuestro nido de abejorro también puso huevos en el corazón de la colonia. No importa. Al ponerlos justo en la entrada y rodearlos con una red de fibras protectoras pegajosas, la polilla bloqueó a las abejas residentes, impidiéndoles salir de su propio nido o tener acceso a él. En cuestión de días, el nido debe de haberse convertido en una tumba, pues toda la colonia murió de hambre.

La polilla de la abeja es sólo uno de los muchos depredadores, parásitos, enfermedades y otros desafíos a los que los abejorros se tienen que enfrentar, lo cual hace que sea más importante aún que hagamos todo lo posible para ayudarlos a prosperar. Afortunadamente para nuestros amigos velludos, tienen su propia entidad benéfica, una organización llamada *The Bumblebee Conservation Trust*, o BBCT, creada en 2006 por el catedrático Dave Goulson y el Dr. Ben Darvill.

En el año 2006, Dave Goulson estaba trabajando en la Universidad de Stirling, donde llevaba una década estudiando a los abejorros y la causa de su disminución. Junto con su equipo de investigación, había publicado numerosos artículos acerca de los abejorros, pero Dave dice que cada uno de ellos fue «leído por un puñado de académicos y luego rápidamente olvidado». Ellos tenían bastante claro por

qué los abejorros estaban en problemas, pero nadie estaba haciendo mucho por ayudar. Esto era sumamente frustrante. Entonces Dave tuvo la idea de formar una organización benéfica basada en la membresía y «dedicada a proporcionar buenos consejos tomando los mejores estudios científicos y convirtiéndolos en acción en el mundo real». Y así nació la BBCT.

Desde su concepción, la BBCT se ha propuesto inspirar a las personas a crear hábitats ricos en flores para nuestros queridos abejorros. Fundamentalmente, aparte de informarnos a los jardineros, la fundación ofrece una gran cantidad de información y apoyo a los propietarios de tierras que desean hacer su parte, y un dedicado ejército de miembros y voluntarios recaudan fondos y crean consciencia en un esfuerzo por proteger a estos icónicos insectos. Gracias a la BBCT y a *Buglife* (otra de mis organizaciones benéficas favoritas), así como a las campañas de los Amigos de la Tierra, La Real Sociedad para la Protección de las Aves (RSPB), las *Wildlife Trusts* y otros, nuestras abejas silvestres y otros insectos finalmente están recibiendo la ayuda y el reconocimiento que tan desesperadamente se merecen y necesitan.

Afortunadamente, he tenido la oportunidad de ver a muchos nidos de abejorros completar su ciclo de vida, finalizando en la producción de nuevas abejas reinas y nuevos machos que aseguran la supervivencia de la especie. Y aunque el nido en el murito de nuestro patio, tristemente, está condenado, que yo sepa este año, en nuestra parcela y en los alrededores hay al menos tres colonias florecientes. Dos de ellas (una es una colonia de abejorro temprano y la otra una colonia de abejorro común) ya están bien establecidas y produciendo machos. La tercera, una colonia de abejorros de campo, va un poco más lenta. Las tres colonias difieren en tamaño y carácter. Si dispusiera del tiempo para poder registrar todas las idas y venidas de cada nido durante un período de tiempo, quizás podría aventurar una conjetura en relación con sus respectivas poblaciones y dónde se encuentran, exactamente, en el ciclo de la vida. Pero el hecho es que sólo puedo etiquetarlas como «sumamente atareadas y al límite», «no tan atareadas pero, aun así, prosperando» y «ligeramente atareadas, pero bastante relajadas».

El nido común debajo el montón de compost es, de lejos, el más atareado; de hecho, en ocasiones pareciera que las obreras estuvieran haciendo cola en la entrada, esperando para entrar a depositar sus enormes cargamentos de polen. Algunas de las obreras son tan grandes que podría confundirlas fácilmente con las reinas, mientras que otras no son más grandes que la uña de mi dedo meñique. Me encantaría pensar que la fundadora de este nido podría ser la reina que Rob encontró tomando el sol sobre la consuelda enana junto a nuestro compostero a comienzos de este año, pero eso sólo es un deseo. En cualquier caso, estoy feliz de ver que esta colonia está floreciendo en nuestra parcela.

El nido de abejorro temprano que encontré debajo de un lecho de hojas está menos atareado. Con esto no quiero decir que las obreras están menos ocupadas, sino que hay una menor cantidad de ellas. Los abejorros tempranos son los abejorros más pequeños en Gran Bretaña e Irlanda, y las obreras de esta colonia son todas bastante diminutas. Sin embargo, a pesar de la desventaja que supone su tamaño, de las tres colonias, ellas fueron las primeras en producir machos, y estoy casi un 100 por ciento segura de que vi a una nueva reina saliendo del nido la semana pasada. Me encantaría que estableciera su propio nido cerca de aquí.

El nido de los abejorros de campo está tan atareado y activo como los otros, pero parece estar un poco más relajado. He pasado más tiempo observándolos que a los demás. El nido está ubicado directamente debajo del bebedero donde todos en este terreno llenan sus regaderas. Este bebedero comunal está situado justo en la esquina de nuestra parcela, así que observo lo que ocurre en este nido varias veces al día. La entrada del nido está en la parte delantera del bebedero, junto a la misma área de hierba donde la mayoría de las personas se colocan mientras llenan sus regaderas. Me preocupa que las abejas sean pisoteadas y le he dicho a todas las persona que he podido que tengan cuidado, pero aun así tengo que estar continuamente despejando la entrada donde se obstruye con tierra compactada y hierba cuando la pisan con botas pesadas. A los abejorros esto no parece molestarles ni lo más mínimo.

Pero hubo un día, a comienzos de esta semana, en que encontré tres o cuatro abejorros arrastrándose entre la hierba, intentado regresar al túnel obstruido. No sé cuánto tiempo llevaban ahí, pero en cuanto quité la hierba, inmediatamente gatearon por encima de mis dedos y entraron en el nido para depositar el polen. Sin hacerse problemas. En mi experiencia, los abejorros de campo son los más apacibles de todos nuestros abejorros. Tengo una cierta debilidad por los residentes de este nido.

Me siento privilegiada de haber podido ver las idas y venidas de estas abejas y muchas más en nuestra parcela y en nuestro jardín. Además, me alegra ser *consciente* de ellas. Me asombra haber pasado tantos años de mi vida sin haberme fijado en los abejorros que estaban justo debajo de mis narices. Supongo que debe tratarse de una especie de «visión selectiva», un poco como la audición selectiva —en la que uno oye únicamente lo que quiere oír— sólo que en este caso uno ve únicamente lo que quiere ver, o lo que considera que «necesita» ver. No puedo retroceder en el tiempo, pero ahora estoy decidida a ver y oír todo lo posible.